

LAS CARTAS DE PEREDA, LAS CARTAS A PEREDA¹

José Manuel GONZÁLEZ HERRÁN
Universidad de Santiago de Compostela
ORCID: 0000-0001-9049-2296

Resumen

Este artículo-reseña está dedicado a la monumental edición que Salvador García Castañeda ha dedicado a recopilar, estudiar detenidamente y anotar un epistolario perediano (el más completo hasta ahora publicado) que reúne en 2381 páginas, repartidas en tres volúmenes copiosamente ilustrados, 1352 cartas, A Pereda y DE Pereda; es decir tanto escritas por él como a él dirigidas.

Palabras clave

José María de Pereda. Cartas. Salvador García Castañeda.

Abstract

This article-review is dedicated to the monumental edition that Salvador García Castañeda has dedicated to compiling, carefully studying and annotating a Peredian epistolary (the most complete to date published) that brings together in 2381 pages, divided into three copiously illustrated volumes, 1352 letters, A Pereda and DE Pereda; that is, both written by him and addressed to him

Keywords

José María de Pereda. Letters. Salvador García Castañeda.

¹ Salvador García Castañeda, *Pereda pintado por sí mismo (1851-1906). Un epistolario*. Santander: Sociedad Menéndez Pelayo, volúmenes I, II, III, 2023; 2381 pp.; ISBN: 978-84-940931-4-2. DOI: <https://doi.org/10.55422/ppsmpp.6>.

El presente estudio no es una biografía ni una evaluación crítica de las obras de Pereda; estas más de mil trescientas cartas, unas publicadas por primera vez y otras recogidas de epistolarios parciales, podrían considerarse como una autobiografía. Revelan nuevos y más íntimos aspectos de un hombre más complejo que el admirado por sus correligionarios y sus paisanos, o el denigrado por la joven gente de letras de fin del siglo. Aportan gran cantidad de nuevos aspectos y datos sobre la personalidad, creencias, ideas, carácter y costumbres del autor de *Sotileza*, sobre su diario vivir, sus amistades y sus enemistades, sobre la redacción de sus obras y su reacción ante la crítica. Espero que contribuya a darnos a conocer mejor a un Pereda «pintado por sí mismo»... y por algunos otros más².

Con estas palabras presenta García Castañeda el extenso «Estudio introductorio» (I, 15-534) que ocupa la mayor parte del primer volumen de esta monumental publicación: estudio que constituye una verdadera monografía, llamada a ser referencia obligada en los estudios peredianos y que supera con mucho aquella modesta declaración.

Para quien alguna vez se haya aproximado a la bibliografía sobre el escritor polanquino –sustancialmente ampliada en estos últimos cincuenta años– es indiscutible la autoridad de quien ha preparado este *Epistolario*. Su reconocido prestigio como uno de los especialistas más solventes en el Romanticismo español –ya desde 1971, con *Las ideas literarias en España entre 1840 y 1850*, hasta sus monografías y ediciones de Trueba (1978 y 2001), Llanos (1991), Hartzenbusch (1975), Zorrilla (1975, 2000), Rivas (1987), Mora (2011), entre otros, pasando por centenares de artículos y ponencias–, se amplió en torno a 1983 con su dedicación a la obra de José María de Pereda³, cuyos primeros libros de escenas y

² García Castañeda: 2023: I, 15-16; en adelante, cuando cite de ese libro me limitaré a indicar el volumen y las páginas correspondientes.

³ En agosto de ese año intervino en el seminario «José María de Pereda: revisión a los 150 años de su nacimiento», que yo mismo dirigí en la sede santanderina de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, en el Palacio de La Magdalena,

relatos (*Escenas Montañesas, Tipos y Paisajes, Tipos Trashumantes, Esbozos y Rasguños*) editó en 1989 como volúmenes I y II de las *Obras completas* publicadas en Santander por Ediciones Tantín, y que culminaron en 2008 con los volúmenes IX, X, y XI (*Pachín González, Miscelánea*), también preparados y editados por él. Labor editorial enriquecida con los pertinentes estudios introductorios y notas críticas, lo que, sumado a su imprescindible monografía de 2004 *Del periodismo al costumbrismo. La obra juvenil de Pereda (1854-1878)* y las decenas de artículos, conferencias y reseñas que viene dedicando al autor de *Peñas arriba*, le han consagrado como uno de sus más reconocidos especialistas. Pero aquellos que con él compartimos el interés y la dedicación a aquella figura de nuestras letras sabíamos desde hace tiempo que aún podía haber más: en artículos dispersos en revistas de nuestra especialidad -entre ellas, este *BBMP*- García Castañeda fue dando a conocer cartas intercambiadas por Pereda con algunos de sus contemporáneos (Enrique Menéndez Pelayo [1997], Alfonso Ortiz de la Torre, [1998] Sinesio Delgado [2000], Domingo Cuevas [2017-2018], Ángel de los Ríos [2022]), al tiempo que revisaba tanto los epistolarios peredianos ya publicados -no siempre con el rigor debido- como las cartas dispersas y olvidadas en archivos o colecciones particulares. Una labor silenciosa y concienzuda -que, según me consta, le ha ocupado más de quince años- y que, de momento (por lo que luego diré), culmina en las 1352 cartas reunidas, presentadas, anotadas y estudiadas en las casi dos mil cuatrocientas páginas de estos volúmenes.

No hará falta ponderar -y menos a quien lea este artículo- reseña- la extraordinaria importancia (histórica y crítica) que para el conocimiento y el estudio de la literatura de los cuatro últimos siglos tienen los epistolarios referidos a sus autores: las cartas que estos intercambian con sus familiares, amigos, colegas, editores, críticos, lectores... nos proporcionan datos, noticias, proyectos, sugerencias, opiniones, dudas, silencios, reclamaciones, reacciones..., que resultan utilísimos -cuando no imprescindibles- para una mejor comprensión de la obra literaria de aquellos. Se ha

con una conferencia titulada «Pereda y el costumbrismo montañés», publicada posteriormente (García Castañeda: 1985).

afianzado la convicción de que no se puede abordar la interpretación o valoración de una obra literaria sin considerar -si ello es posible- las cartas enviadas o recibidas por sus autores, sea cuando la proyectaban o redactaban, sea cuando gestionaban su publicación, sea cuando tenían conocimiento de su eco entre los lectores y los críticos; por ello cada vez son más frecuentes en las bibliografías incluidas en ediciones y estudios el apartado dedicado a los epistolarios. Aun admitiendo que esta opinión mía acaso esté mediatizada por mi preferente dedicación a determinados autores de la literatura decimonónica, estoy persuadido de que en estas últimas décadas el impacto de los correspondientes epistolarios están determinando en gran medida nuestro conocimiento de las obras de Valera, Pérez Galdós, Pardo Bazán, Alas...; y, por supuesto, Pereda.

Sus cartas -sobre todo las escritas por él- comenzaron a ser divulgadas y comentadas ya en vida del escritor: lo hizo en 1903 Ruiz Contreras con las que había recibido de aquel, y no había transcurrido un año de su fallecimiento cuando Eduardo de Huidobro dio a conocer algunas cartas de José María a su primo Domingo Cuevas. El mismo Huidobro publicaría otras en 1933, y en 1942, las *Obras completas* de Coloma incluyen algunas cartas del novelista a su colega jesuita. Pero será en los años cincuenta cuando se inicie la recuperación más sistemática del epistolario perediano: González Palencia lo hace en 1950 con cartas a Mariano Catalina; en 1953 la nieta del escritor, María Fernanda, y Enrique Sánchez Reyes dan a conocer una de las colecciones más importantes: las intercambiadas con Marcelino Menéndez Pelayo; el mismo Sánchez Reyes publica en 1957 varias a Palacio Valdés; en ese mismo año Cossío reúne una selección de misivas a diversos personajes; y en 1958 Varela Hervías publica cartas del costumbrista cántabro al maestro Mesonero Romanos.

Ya en los años sesenta y setenta se recuperarán otros epistolarios, algunos muy importantes, por la relevancia de los corresponsales del polanquino: Pérez Galdós (Ortega, 1964; Shoemaker, 1966; Bravo-Villasante, 1970-1971), Sinforoso y José María Quintanilla (Fernández-Cordero, 1968), Oller (Bensoussan, 1970). Y en las décadas sucesivas, hasta esta misma, han continuado publicándose cartas con Yxart (Torres, 1977), Pardo

Bazán (González Herrán, 1983), Polo y Peyrolón (Lanzuela, 1990), Laverde (Clarke, 1991), Enrique Menéndez Pelayo (García Castañeda, 1997), Ortiz de la Torre (García Castañeda y Matorras, 1998), Pavlovsky (González Herrán y Thion, 2000), Leopoldo Alas (Rubio y Deaño, 2012), Domingo Cuevas (García Castañeda, 2017-2018). Con posterioridad al epistolario que aquí reseño, han visto la luz las muy importantes cartas a Manuel Marañón (Olmedo, 2024).

Me he detenido en esa sumaria enumeración para mostrar el estado de la cuestión, en cuanto a lo ya publicado, con que se encontró el editor de este magno epistolario al abordar su revisión, recopilación y estudio; y preciso «en cuanto a lo ya publicado» porque es preciso tener en cuenta que, además de todas esas cartas, García Castañeda ha ampliado su indagación con la consulta de otras muchas, inéditas hasta ahora, que se conservan en diversos archivos y colecciones particulares. En las páginas 535 a 538 del volumen I se ofrece una detallada relación de estas fuentes, que no procede repetir aquí, aunque ello ayudaría a evaluar lo meritorio de esta indagación.

Que, como era de suponer, conociendo la índole de este tipo de investigaciones, no ha concluido, ni mucho menos, porque en estos momentos García Castañeda prepara la edición y estudio de más cartas aparecidas -y puestas su disposición- cuando estaba corrigiendo las pruebas de los tres volúmenes aquí reseñados. Respetando la lógica discreción con que lleva a cabo esa tarea, transcribo aquí, contando con su autorización, los términos con los que da cuenta de ese lote en un trabajo suyo («Maestro de maestros: Gumersindo Laverde, una semblanza y unas cartas a Pereda»), en prensa cuando escribo este artículo-reseña: «230 cartas autógrafas de diversos autores, dirigidas a Pereda y hasta ahora desconocidas. Entre ellas hay 108 de Narciso Oller, 32 de Gumersindo Laverde y 13 de Yxart, además de otras de mano de otros escritores y amigos». A la espera de los avances parciales que irán apareciendo en algunos artículos ya anunciados, y de la aparición del volumen IV (¿y siguientes?) de este epistolario perediano, me remito a la reseña que le (o les) dedicaré.

Con todo, importa llamar la atención sobre un aspecto de esas cartas pendientes de próxima recuperación. Como su

compilador señalaba en el Estudio introductorio del *Epistolario* que reseña, «sorprende que de quien tan aficionado fue a guardar papeles relacionados con su producción literaria no se conserven apenas las cartas que recibía, referentes muchas de ellas a la intrahistoria de sus obras» (I, 264). En efecto, la mayor parte de las reunidas en estos tres volúmenes fueron remitidas por él, mientras que son pocas más de cien las de corresponsales suyos; aunque, tan relevantes como José Lázaro Galdiano, Marcelino Menéndez Pelayo, Emilia Pardo Bazán o Benito Pérez Galdós. De ahí la importancia de estas más de doscientas cartas a Pereda, de firmantes tan significativos en la biografía y en la obra de Pereda como Oller, Laverde o Yxart.

Volviendo a las reunidas en los volúmenes II y III de este *Epistolario* (pues el I está reservado para el Estudio introductorio, del que más adelante me ocuparé, con la bibliografía y los índices), no cabe en los límites de este artículo-reseña que me detenga en su análisis y comentario, aunque sí formularé algunas observaciones de carácter general.

La primera se refiere a la extensa lista de corresponsales - unos 240- cuyas cartas aquí se reúnen: ya sabíamos que Pereda mantuvo intensa y dilatada relación epistolar con algunos familiares, coterráneos y amigos (Eduardo Bustillo, Domingo Cuevas, Demetrio Duque y Merino, Gumersindo Laverde Ruiz, Enrique Madrazo, Manuel Marañón, Francisco Mazón, Enrique y Marcelino Menéndez Pelayo, Alfonso Ortiz de la Torre, José María y Sinforsoso Quintanilla, Ángel de los Ríos, Federico Vial), con determinados colegas en la sociedad literaria española e hispanoamericana (Leopoldo Alas, Víctor Balaguer, Mariano Catalina, Luis Coloma, Casimiro del Collado, Sinesio Delgado, Manuel Fernández Juncos, Juan Eugenio Hartzenbusch, Teodoro Llorente, Ramón de Mesonero Romanos, Narcís Oller, Armando Palacio Valdés, Emilia Pardo Bazán, Benito Pérez Galdós, Manuel Polo y Peyrolón, Arturo Reyes, Salvador Rueda, José Yxart), así como con destacadas personalidades de la sociedad de su tiempo (editores, críticos, políticos: José Lázaro Galdiano, Antonio Maura, Francisco Miquel y Badía, Luis Ruiz Contreras...); correspondencia que en buena parte ya había sido publicada, estudiada y anotada con anterioridad. Pero este epistolario

enriquece la relación de corresponsales con otros muchos nombres -no menos de 200- con quienes ocasionalmente intercambió cartas que ahora se publican por primera vez: algunos son bastante relevantes (Carlos de Borbón, Ferdinand Brunetière, Manuel Antonio Caro, el Marqués de Comillas, Fernando Díaz de Mendoza, Raimundo Fernández Villaverde, Enrique Gaspar, Eusebio Güell, José López Portillo, Torcuato Luna de Tena, Ricardo Macías Picavea, Vicente Medina, Ramón Menéndez Pidal, Apeles Mestres, Jesús de Monasterio, el Conde de las Navas, Jacinto Octavio Picón, José Ortega Munilla, Isaac Pavlovsky, Francisco Rodríguez Marín, Juan Sardá, Rodrigo Soriano, Manuel Tamayo y Baus, Emilio Thuillier, Armand de Treverret, Federico Urrecha, Cayetano Vidal, José Zorrilla...); pero hay otros muchos escasamente o nada conocidos. Sin olvidar que hay cartas a innominados directores de periódicos, alcaldes, corporaciones municipales, empresas, sociedades, instituciones, colectivos...

También cabe ponderar en grado sumo el rigor de las transcripciones textuales que aquí se ofrecen: teniendo en cuenta que muchas -la gran mayoría de las ahora reunidas- ya habían sido editadas previamente (a veces, también anotadas y comentadas), García Castañeda declara que no se ha limitado a reproducir las lecturas de aquellos editores, sino que -cuando ello le ha sido posible- ha consultado los manuscritos originales, lo que le ha permitido revisar, corregir y precisar aquellas versiones, tarea a veces muy necesaria. Ello nos permite afirmar que, a partir de ahora, determinados epistolarios habrán de citarse no por sus ediciones anteriores, sino por la aquí recogida. Aparte de otros casos que podrían mencionarse (algunas de las cartas editadas por J. M^a de Cossío, S. Ortega, C. Bravo-Villasante, W. Shoemaker), es significativa su decisión respecto al epistolario de Pereda a Narcís Oller, transcrito en 1970 por Mathilde Bensoussan (apellido que a veces se cita erróneamente como 'Benousan' o Bensousan'), pero tan deficientemente que García Castañeda ha preferido ofrecer su propia lectura de los originales conservados en el Arxiu Històric de la Ciutat de Barcelona.

En ocasiones, la consulta de los originales autógrafos (o copias muy fidedignas, como las de Federico Vial) le ha permitido reconstruir cartas que en otras ediciones estaban incompletas,

notablemente mutiladas o con su texto modificado. Así sucede, por ejemplo, con la temprana carta nº 17, «Correspondencia pública», fechada en París el 12 de enero de 1865, dirigida a Eduardo Bustillo (II, 736-747), y que -por ese carácter *público*- lo fue en el periódico santanderino *La Abeja Montañesa* el 19 de enero. Federico Vial la recogió en su colección manuscrita de escritos peredianos, en texto «corregido por el autor en un número [del periódico] de mi propiedad», según declara el copista, y ese texto es el que García Castañeda transcribe aquí, indicando entre corchetes y negritas lo corregido a mano por Pereda, sumamente interesante. Algo similar ocurre con determinadas cartas, muy importantes, dirigidas a Pérez Galdós: las 77 y 88 (II, 846-851 y 871-880), a propósito de su novela *Gloria*, y la 160, referida a *La familia de León Roch* (II, 1004-1007), en cuyas transcripciones García Castañeda incorpora a las versiones publicadas por Ortega y por Shoemaker las abundantes -y muy significativas- variantes y supresiones que se aprecian en los borradores de esas cartas, conservados en determinados archivos santanderinos. Y mucho más adelante, en la carta 1024 (III, 2060-2061), también al novelista canario, en sus comentarios sobre *El abuelo* se indican las correcciones y supresiones que se aprecian en el borrador manuscrito de esa carta.

De este modo, mediante notas indicadas con asterisco y las siglas SGC al final de la carta -notas tan abundantes como escuetas, y siempre imprescindibles- nuestro editor identifica los nombres de las personas mencionadas o aludidas, corrige fechas, pero también precisa lecturas, términos o asuntos, a veces rectificando o completando las versiones y anotaciones de quienes antes que él editaron esas cartas. Por poner un solo ejemplo, que tiene cierta gracia, en la carta 1011, dirigida al Conde de las Navas (III, 2046), donde su anterior editor, J. P. Demidowitz, leía «en todo el verano solo he podido pasar cuatro días, no completos, en Salamanca», la lectura de García Castañeda sustituye el nombre de la ciudad castellana por el más lógico «Polanco», donde Pereda pasaba habitualmente sus veranos.

Como sabe bien quien alguna vez ha trabajado con colecciones epistolares como esta, especialmente cuando si se trata de un elevado número cartas (más de mil trescientas, aquí), correspondientes a un amplio margen temporal (cincuenta y cinco

años), de muchos corresponsales (unos doscientos cincuenta), algunos de los cuales no solo reciben cartas de Pereda, sino que también le escriben, la consulta y manejo de estos materiales se facilita mucho si la edición esta acompañada de diversos índices. En este caso disponemos de un «Índice onomástico-cronológico, indicando número de carta»: organizado en dos secciones «Cartas a» y «Cartas de», las organiza según el orden alfabético de los apellidos de los corresponsales, indicando en cada una de ellas su número y fecha. Sigue un «Índice cronológico», que relaciona las cartas según su fecha (desde 1851 hasta 1906), indicando en cada una de ellas la(s) página(a) en que se transcribe. Y, finalmente, un «Índice onomástico», con los nombres de las personas mencionadas, indicando en cada caso la carta o cartas en que aparece esa mención.

La obligada «Bibliografía» -aquí tan compleja como útil- está organizada en varias secciones: **Colecciones manuscritas**, inventario de aquellas que han proporcionado cartas para este epistolario; **Biblioteca Municipal de Santander, Biblioteca Nacional de España y Museo Marítimo del Cantábrico**, de cuyos archivos procede buena parte de estas cartas. Otras han sido tomadas de diversas colecciones epistolares, cuya lista se indica en la sección **Epistolarios**; y, puesto que muchas cartas peredianas han sido recogidas y comentadas, antes de esta recopilación, en diversos trabajos -artículos o libros-, su relación detallada consta en el epígrafe **Epistolarios parciales**. El titulado **Cartas y artículos de Pereda en prensa variada** ofrece un listado, ordenado alfabéticamente, de los periódicos (desde *ABC* hasta *La Ven de Catalunya*) que publicaron cartas de Pereda, con las fechas correspondientes. Y cierra este capítulo de la obra un inventario de las **Referencias bibliográficas** consultadas y manejadas; cuya extensión (más de cuarenta páginas) y detalle, a tenor de lo reunido y estudiado en este epistolario, constituyen una muy completa y actualizada bibliografía referida no solo a las cartas de Pereda, sino a su biografía y obra literaria.

Pues bien: con ser mucho y de extraordinario interés lo que aportan las 1352 cartas reunidas en los volúmenes II y III de este *Epistolario*, ello queda superado por el estudio introductorio que ocupa la mayor parte del volumen I; que en las primeras líneas de

este artículo-reseña consideré -y lo reitero- «una verdadera monografía, llamada a ser referencia obligada en los estudios peredianos». Según el adjetivo que califica al tal estudio y la posición que ocupa en el conjunto de obra, se supone que, lógicamente, será leído antes que las cartas; pero resulta evidente que su preparación y redacción derivan de la minuciosa lectura y análisis de ellas, pero teniendo como fundamento un exhaustivo conocimiento de la biografía, la personalidad, las relaciones (familiares, amistosas, profesionales...) y -sobre todo- la obra completa de José María de Pereda: algo que muy pocos podrían abordar como lo ha hecho tan reconocido especialista.

No hará falta mencionar -aunque tal vez fuera oportuno dar algún nombre- otros casos en los que alguien, con más voluntad que acierto, aprovechando la oportunidad de haber encontrado (o que le hayan facilitado) algunas cartas de o a Pereda, acomete su edición, afrontando las dificultades derivadas de una difícil caligrafía -como es la del escritor polanquino-, y se arriesga a su anotación sin un conocimiento suficiente de su peripecia biográfica, su compleja red de relaciones personales, su difícil carácter y -lo fundamental- todos sus escritos, las circunstancias en las que se redactaron y publicaron, su recepción crítica y lectora... Todo ello es necesario si se pretende entender, interpretar y explicar de modo solvente el epistolario de cualquier autor; pero tal vez de modo muy especial en el que aquí nos importa. De modo que, a la vista de los resultados de ciertas ediciones de epistolarios parciales de Pereda, acaso lo más conveniente sería ignorar su existencia y abordar de nuevo, y con mejores armas, el trabajo tan deficientemente realizado.

La lectura de las más de quinientas páginas de aquel estudio introductorio evidencia tanto las dificultades superadas como los aciertos conseguidos en la minuciosa lectura y certera interpretación de esta colección de cartas. Como no es posible en los límites de este artículo-reseña comentar como merece esa ejemplar monografía, me limitaré a sintetizar su contenido, siguiendo el orden de sus capítulos y apartados.

El primero de aquellos, sin más título que su número I en romanos y de notable extensión (casi 250 páginas) repasa la biografía del autor, basándose no solo en las más solventes de las

anteriormente publicadas, sino -fundamentalmente- en lo que de estas cartas se deduce y comprueba, remitiéndose con frecuencia a aquellas cuyos números se indican. Pero, teniendo en cuenta que la biografía de Pereda es la de sus escritos, el estudio se ocupa detenidamente de ellos, siguiendo minuciosamente el complejo proceso de su preparación, redacción, publicación y recepción; poco importa que ese proceso fuese ya bastante bien conocido y estudiado: García Castañeda no se limita a recoger lo ya publicado, sino que lo confirma, discute, rectifica y matiza según la información que proporcionan las cartas.

El capítulo II, también sin título, pero que bien pudiera llevar el de su epígrafe inicial, «El Pereda de las cartas», organiza la información y consideraciones que de ellas se derivan, en una serie de apartados acertadamente rotulados según su contenido específico. En los trece primeros se ocupa de su carácter y personalidad («Mis soledades»), sus ideas y creencias, las lecturas, la salud, las mujeres, la familia, los negocios, las recomendaciones y favores, su participación en la vida pública, las polémicas que mantuvo, sus viajes y paisajes, las invitaciones recibidas y su difícil relación con los extranjeros, su postura en el debate sobre el regionalismo y su adscripción a la llamada «escuela montañesa». Tomando prestado de Emilia Pardo Bazán el rótulo de los «fanáticos turiferarios» de Pereda, dedica un buen número de páginas (de la 367 a la 430) a estudiar las relaciones del escritor y su círculo de fieles admiradores (Sinforoso Quintanilla, Federico Vial, Marcelino Menéndez Pelayo...), con especial atención a aquellos que le merecen la consideración de «Algunos amigos»: Ángel de los Ríos, José María Quintanilla («Pedro Sánchez»), Alfonso Ortiz de la Torre, Enrique Menéndez Pelayo, Amós de Escalante.

Bajo el título de «La literatura de su tiempo» el epígrafe siguiente analiza la situación y postura de Pereda respecto a los movimientos, corrientes y escuelas predominantes en las letras coetáneas (costumbrismo, realismo, naturalismo, modernismo, decadentismo finisecular). Finalmente, en «El crítico literario», pasa revista a su relación y opiniones críticas, tal como se manifiestan en sus cartas, respecto a una extensa nómina de escritores españoles e hispanoamericanos con quienes mantuvo algún vínculo epistolar. Aparte de los importantes con quienes se escribió con cierta

frecuencia (Leopoldo Alas, Marcelino Menéndez Pelayo, Narcís Oller, Benito Pérez Galdós) y que por ello merecen mayor número de páginas, hay un buen número de escritores bastante conocidos: Jorge Isaacs, Víctor Balaguer, Luis Coloma, Francisco Blanco García, Ángel Guimerá, Ricardo Macías Picavea, José María Gabriel y Galán, Manuel Polo y Peyrolón, Vicente Medina, Rodrigo Soriano, Eduardo Bustillo, Armando Palacio Valdés, Francisco Rodríguez Marín, Salvador Rueda, Jacinto Verdaguer, José Yxart.

Aunque la mayoría de los demás sean hoy escasamente recordados -cuando no olvidados-, merece la pena que citemos aquí sus nombres, como indicio de la sorprendentemente amplia gama de los intereses y relaciones literarias de nuestro autor: Ignacio Altamirano, Miguel Antonio Caro, Tomás Carrasquilla, Casimiro del Collado, Mariano Domínguez Berrueta, José Elola, Manuel Fernández Juncos, Ventura Fernández López, Antonio Gómez Restrepo, Francisco Grandmontagne, Vicente Greus, Modesto Hernández Villaescusa, Javier Lasso de la Vega, Domingo O. Martinto, Juan León Mera, Luis M. López Allué, José López Portillo, Juan Martínez Nacarino, Gustavo Adolfo Martínez Zubiría, Ramón Masifern, Manuel F. Miguélez, Luis y Agustín Millares Cubas, Pedro Miranda Carnero, Ignacio Montes de Oca, Luis Montoto, Miguel Moya, Conrado Muñíos, Francisco Muñoz y Pabón, José Navarrete, el Conde de las Navas, Rafael Obligado, Carlos María Ocantos, Juan Ochoa, Calixto Oyuela, Aniceto de Pagés, Julio Pellicer, Alfonso Pérez Nieva, Gonzalo Picón Febres, S. Pons y Pagés, Fernando de Querol, Emilio Rabasa, Juan José Relosillas, Arturo Reyes, Joaquín Riera, Francisco Rivas Moreno, Ángel Ruiz y Pablo, Ángel Salcedo, Honorato de Saleta, Manuel Sánchez Mármol, Francisco Sosa Escalante, Francisco Soto y Calvo, Luis de Terán, Miguel de Toro, Federico Urrecha, José Vancés y Marqués, Mariano Vayreda, Cayetano Vidal de Valenciano, Eduardo Zuleta. Hay en estas páginas datos, referencias y comentarios que evidencian la extraordinaria utilidad que la consulta de este epistolario tendrá para quienes se interesen por algunos de esos personajes.

El último capítulo de lo que insisto en considerar como fundamental monografía, «Consideraciones finales», sintetiza con

acierto las conclusiones que cabe derivar de ese estudio. De ellas, destacan la relevancia que tiene su relación con determinados corresponsales, tanto las figuras más relevantes (Mesonero, Menéndez Pelayo, Pardo Bazán, Alas, Oller, el joven Quintanilla, Ángel de los Ríos...), como otros aparentemente menores, pero que revelan interesantes datos de su peripecia vital (Cuevas, Menjón, Pérez del Camino, Mazón, Vial...) Llama la atención también sobre su interés por las letras catalanas y por las de Hispanoamérica; su deliberada voluntad de hacerse su propia imagen, en la que conjuga una «persistente falsa modestia» con un «mal oculto orgullo de revelar su ausencia de planes, del escaso tiempo que le lleva escribir una novela, y cuán exhausto queda tras el arrebato creador. Insiste en ser el autor más vendido de su tiempo, y da siempre en sus cartas el número de ejemplares vendidos, lo que para él justificaría implícitamente la calidad de su novela» (I, 527). Descubre cómo, pese a su aparente desdén por los homenajes, que finge desdeñar, se cuida de que sus confidentes más próximos los aireen en la prensa próxima y adicta. Y es que las cartas «de Pereda nos revelan la imagen de un hombre interesado en sí mismo y en su imagen literaria, de manías y prejuicios, de estricta moral, conservador y religioso, de costumbres sencillas y rutinarias y de gustos burgueses» (I, 528). Especialmente interesante me parece su observación sobre «la versatilidad estilística de Pereda quien adapta su estilo según quien sea el remitente y las circunstancias en las que lo hace (I, 531). Pero la consideración que considero más acertada es la que se resume en estas palabras: «aunque negó repetidamente ser un escritor profesional (...) y no lo necesitaba económicamente, la suya fue una vida dedicada a la literatura» (I, 531). Por lo que se refiere a su pensamiento literario, las cartas confirman su consideración del «realismo como un movimiento literario intrínsecamente nacional», al tiempo que «reaccionó violentamente contra el naturalismo (...) y le confundía con el modernismo, también nuevo y foráneo, al que también condenó sin conocerle», de modo que, «como crítico literario, hasta ahora un aspecto desconocido de su obra, determinaron sus juicios sus propios valores morales y sus gustos» (I, 532). Como conclusión final cabe aceptar que, en efecto, «estas cartas apenas revelan cambios ni evolución en la manera que tuvo

de concebir la literatura ni la vida hasta el fin de sus días» (I, 533).

Termino con un comentario sobre las características formales de esta edición; que, por ser digital, se puede descargar desde la página web de la Sociedad Menéndez Pelayo. El texto de su Estudio Introductorio, en el volumen I, está profusamente ilustrado (127 imágenes), preferentemente con retratos -en pinturas, grabados, caricaturas, fotografías- de los correspondientes de Pereda, de personajes mencionados en las cartas (en este sentido, cabe destacar la fotografía, prácticamente desconocida hasta ahora, de su hijo Juan Manuel), o de grupo, con su familia y amigos; pero también de lugares determinados y objetos significativos (la casa natal del escritor, su nueva casa en Polanco y su estudio en ella, su despacho en Santander, el mausoleo de su familia); facsímiles de periódicos, de grabados en ediciones antiguas, de portadas de libros, de documentos manuscritos; reproducciones de carteles, cuadros y obras de arte relevantes en relación con las cartas... Imágenes que, en muchos casos, han sido de difícil y laboriosa localización y que están siempre acertadamente colocadas en el lugar en que se les alude: conste aquí mi felicitación a quien en la institución editora (la Sociedad Menéndez Pelayo) se haya encargado de tan meritoria tarea.

El acontecimiento bibliográfico que supone la publicación de este *Epistolario* bien merece que le hayamos dedicado este elogioso artículo-reseña: mínima muestra de la sana envidia y el sincero agradecimiento que debemos todos los peredistas al maestro Salvador García Castañeda.

Bibliografía

GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador (1971) *Las ideas literarias en España entre 1840 y 1850*. Berkeley and Los Angeles. University of California Press.

GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador (Ed.) (1975) Juan Eugenio Hartzenbusch, *Los amantes de Teruel*. Madrid. Castalia.

GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador (Ed.) (1975) José Zorrilla. *Don Juan Tenorio*. Barcelona. Labor.

GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador. (1978). *Don Telesforo de Trueba y Cosío (1799-1835). Su tiempo, su vida y su obra*. Santander. Institución Cultural de Cantabria.

GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador. (1979) *Miguel de los Santos Álvarez (1818-1892). Romanticismo y poesía*. Madrid. Sociedad General Española de Librería.

GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador. (1985). «Pereda y el costumbrismo montañés». En J. M. González Herrán y B. Madariaga de la Campa (Eds.) *Nueve lecciones sobre Pereda*. Santander. Institución Cultural de Cantabria. 11-22.

GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador (Ed.) (1987) Duque de Rivas. *Romances Históricos*. Madrid. Cátedra.

GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador (Ed.) (1989). José María de Pereda, *Escenas montañesas. Tipos y paisajes*. Santander. Ediciones Tantín.

GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador (Ed.) (1989) José María de Pereda. *Tipos trashumantes. Esbozos y rasguños*. Santander. Ediciones Tantín.

GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador (1991). *Valentín de Llanos (1795-1885) y los orígenes de la novela histórica*. Valladolid. Diputación Provincial.

GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador (1997). «Catorce cartas de Pereda a Enrique Menéndez Pelayo (1895- 1905)», *Romance Quarterly*. 44, 22. 107-118.

GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador (Ed.) (2000) José Zorrilla, *Leyendas*. Madrid. Cátedra.

GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador (2000). «El Santander de 1887 visto por Sinesio Delgado y siete cartas de Pereda». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. LXXVI. 539-561.

GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador (Ed.) (2004) *Del periodismo al costumbrismo. La obra juvenil de Pereda (1854-1878)*. Alicante. Universidad de Alicante.

GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador (Ed.) (2008). José María de Pereda. *Pachín González. Miscelánea I*. Santander. Ediciones Tantín.

GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador (Ed.) (2009) José María de Pereda. *Miscelánea II*. Santander. Ediciones Tantín.

GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador (Ed.) (2009) José María de Pereda. *Miscelánea III*. Santander. Ediciones Tantín.

GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador (Ed.) (2011) José Joaquín de Mora. *Leyendas Españolas*. Sevilla. Fundación Lara.

GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador (2017-2018). «El costumbrista montañés Domingo Cuevas (1830-1907) y su relación con Pereda: cartas, textos y un prólogo», *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. XCIII-XCIV. 131-175.

GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador (2022). «Don Ángel de los Ríos visto en sus cartas y en otros papeles». *Altamira*. 91. 157-208.

GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador (2023). *Pereda pintado por sí mismo (1851-1906). Un epistolario*. Santander: Sociedad Menéndez Pelayo.

GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador y Rosa Matorras (1998). «Veintiséis cartas de Pereda a Alfonso Ortiz de la Torre (1890-1905)». *Altamira*. LIII. 55-86.